

da á la llanura sobre la izquierda, que se repliegue, y lo mismo á la brigada de Reuss, dejada delante de Kulma: á ambas ordena que se formen en columnas cerradas para romper las filas de los prusianos, mientras la brigada de Dunesme persiste con la caballería en retener á los austriacos de Colredo y á los rusos de Knorring en la llanura, y mientras Mouton-Duvernoy y Philippon llegan á acometer á los prusianos á su turno, retrocediendo camino á lo largo de las montañas. Resuelto Vandamme á sacrificar su artillería, la pone en batería hácia el centro sobre la eminencia de Kulma, con orden de hacer de ella un uso desesperado contra los rusos. La brigada de Doucet debe sostener esta artillería el mas largo tiempo que pueda, á fin de retirarse todos juntos cuando se logre abrir calle, abandonando los cañones, si bien salvando los hombres y los caballos.

Estas ordenes son ejecutadas al punto. Las brigadas de Quoyot y de Reuss abandonan el llano á la izquierda para volver á ganar la calzada de Peterswalde, mientras Philippon y Mouton-Duvernoy se repliegan despacio. Ante este espectáculo prorumpen en gritos de alegría y nos siguen los sesenta batallones rusos, que tenemos delante á nuestra derecha y hácia el centro. Mouton-Duvernoy y Philippon los contienen. Baltús los ametralla por el centro desde las alturas de Kulma; pero á la izquierda en el llano cae una formidable masa de enemigos sobre la valiente brigada de Dunesme, que ya queda allí sola y se defiende con bizarría. Detrás cargan violentamente á los prusianos las brigadas de Quoyot y de Reuss, al procurar volver al camino de Peterswalde en columna cerrada. Es-

te movimiento produce en las tropas del general Kleist un tropel espantoso, resultando un indecristible conflicto, en que los hombres pelean cuerpo a cuerpo, se sofocan y se matan á cuchilladas y á bayonetazos. En el mismo instante una brigada de caballería, la de Montmaire, seguida por algunos soldados de los trenes, se lanza sobre la artillería de los prusianos, y la toma. Llevado el general Fezensac hácia este punto por Vandamme con los restos de su brigada, coadyuva al comun esfuerzo. Así se logra destrozár la primera línea de Kleist y abrir paso, y aun hay probabilidad de salvarse, si Mouton-Duvernoy y Philippon, replegándose ordenadamente, pueden acudir á tiempo de contribuir á forzar la segunda línea de los prusianos. Pero sobreviene un accidente que desbarata los cálculos todos de Vandamme sin ventura. Cargada nuestra caballería á muerte sobre la izquierda del camino y rechazada sobre la derecha se precipita hácia este punto y seguida por una multitud de soldados de los trenes, que se habian separado de sus piezas. En su carrera desordenada, ginetes y artilleros se echan encima de Mouton-Duvernoy y Philippon, siembran la turbacion en sus filas, y determinan con su ejemplo un movimiento general de retirada hácia los bosques. Entonces todo toma la direccion esta. Despues de acribillar el general Baltús de metralla á los rusos, se retira hácia el mismo lado con la brigada de Doucet y con sus tiros. En la llanura no queda mas que la brigada de Dunesme, acometida por todas partes y defendiéndose heroicamente, si bien sucumbe al cabo. Prisioneros ó muertos quedan parte de los soldados de esta brigada, los demás procuran ganar el asilo

de las montañas. Vandamme y Haxo con heridas, y quedando los últimos en medio del peligro, caen prisioneros. El general Kreutzer, situado en Auszig y descubriendo desde lejos la terrible refriega, abraza el partido de retirarse y se salva por milagro con algunos batallones. Excepto algunas escasas columnas, que se repliegan ordenadamente, muy pronto no se ve por donde quiera mas que una nube de hombres, escapándose cada cual segun puede, y logrando en efecto ocultarse á la vista del enemigo, merced á aquellas montañas llenas de matorrales, donde es imposible perseguirlos.

Tal fué esta desastrosa jornada de Kulma, que nos costó de cinco á seis mil hombres muertos ó heridos, siete mil prisioneros, cuarenta y ocho bocas de fuego, dos generales bajo diversos conceptos ilustres, y que, aun cuando costara seis mil hombres á los aliados, les repuso de su desastre, les devolvió la esperanza de la victoria, y borró en un instante de su mente las insignes jornadas del 26 y del 27 de agosto.

¿Qué razon cabe dar de esta singular catástrofe? ¿Cómo se explica que, rodeando tantos cuerpos franceses al ejército coaligado, hasta el punto de que uno de ellos, el de Vandamme, se encontraba ya sobre su linea de retirada, y hallándose embarrizado en las gargantas del Geyersberg, y teniendo allí á uno de sus destacamentos tan encerrado que no se podia idear de que modo hallaria escape, se mudara de suerte el semblante de las cosas que el cuerpo francés, destinado á asegurar la pérdida del enemigo se perdiera, y que el autor de esta pérdida fuera cabalmente el destacamento prusiano, á quien se suponía sin recurso, y que pasara así la

victoria de unos á otros en un instante, con todas sus consecuencias militares, políticas y morales? ¿Fué culpa de Vandamme por haberse comprometido demasiado, ó de Mortier y de Saint-Cir que no le socorrieron á tiempo, ó acaso de Napoleon por haber abandonado de sobra los sucesos á sí mismos? ¿Por ventura dependia del genio militar que hubiesen desplegado los generales enemigos en esta circunstancia? Casi han respondido los hechos expuestos con toda verdad á estas preguntas, y explican por sí solos este cambio de fortuna, uno de los mas prodigiosos de cuantos menciona la historia.

Vandamme con muchos vicios equilibrados por grandes dotes, casi no tuvo culpa alguna de lo acontecido en estas jornadas. Situado desde los principios en Pirna, con el encargo especial de trasladarse á espaldas del enemigo, de continuo debia tener la mente fija en esta sola idea. Viendo desfilar por delante muchas columnas rusas el 28 de agosto, recibió la orden formal de acosarlas con la punta de la espada, de marchar á Bohemia detrás de ellas, y de ir hasta Toeplitz para cerrar á los coaligados su principal desemboque. Sabia que le rodeaban cuerpos franceses por los flancos y por la espalda, prontos á aparecer de un instante á otro. De consiguiente dióse prisa, siguió á los rusos, y milagro fué que no avanzase hasta Toeplitz en alas de su ardimiento, pues tenia orden para efectuarlo, y estaba seguro de no alcanzar mas que en Toeplitz los grandes resultados que se prometia Napoleon de su presencia en Bohemia. Sin embargo, despues de aspirar á empujar al enemigo mas alla de Priesten, y de cometer la falta, á la verdad

muy excusable y de ninguna gravedad para el desenlace de los sucesos, de atacar sin conjunto, se supo detener en Kulma, aunque tenía a Toeplitz delante, a Toeplitz que le señalaban como blanco de sus fines sus instrucciones y su legitimo deseo. Despues de hacer alto, se estableció en una posicion muy fuerte, resguardada por todas partes, excepto por una, aquella por la cual debia llegar Mortier al terreno, y aguardó allí solicitando órdenes y socorros. ¿Qué partido podia haber abrazado? ¿Por ventura el de retrogradar á Peterswalde y á Pirna? Esto fuera abandonar su puesto y prescindir de su encargo, y contravenir no solo á la letra, sino al espíritu de sus instrucciones, pues estaba encargado de obstruir el camino á los contrarios, y se lo volviera á abrir de esta suerte. Cuanto era de ceder á la prudencia lo habia cedido absteniéndose de ir á Toeplitz y parándose en Kulma. Si en esta posicion de Kulma, de la cual tuvo el buen seso de no moverse, apareció el general Kleist en vez del mariscal Mortier sobre sus espaldas, accidente fué extraordinario, del cual no se le puede hacer responsable sin afrenta de la justicia. Respecto de lo acontecido posteriormente, Vandamme conservó toda su presencia de ánimo en el momento de la catástrofe, y adoptó la única resolucion posible, la de retroceder camino atropellando á los prusianos, resolucion que se hizo impracticable de resultas de la inevitable confusion de una situacion de esta especie. Por tanto no habia de qué reconvenirle, y la suposicion de que se perdió por correr demasiado de prisa detrás del baston de mariscal, que merecia mas que otros por sus servicios militares y no desmerecia á pesar de sus vio-

lencias, es una calumnia contra un desventurado mas digno de lástima que de censura.

Si Vandamme no fué culpable, si toda su desgracia provino de que en lugar de un cuerpo francés apareció un cuerpo prusiano sobre sus espaldas ¿habrá que acusar á los diversos gefes de las tropas francesas que pudieran haber concurrido, y especialmente al mariscal Mortier y al mariscal Saint-Cir, únicos que se hallaban al alcance de Kulma? Establecido en Pirna el mariscal Mortier, y bajo la alternativa de ser llamado de nuevo á Dresde ó impelido á Toeplitz, se debia mantener entre ambos puntos, y con mas espontaneidad y vigilancia pudiera acudir en persona al socorro de Vandamme. Pero, atento á la estricta observancia de sus deberes, destinado á ser dirigido á una de las dos partes, natural era que aguardara en inmovilidad completa la expresion de la voluntad de Napoleon, y en cuanto á la órden terminante de auxiliar á Vandamme con dos divisiones, hay que decir que no llegó á sus manos sino en el curso del dia 30, esto es, cuando la catástrofe se hallaba ya consumada. Por tanto lo de increpar á este mariscal es absoluta imposible.

Lo propio se deseara poder manifestar respecto del mariscal Saint-Cir; pero es el que se encuentra mas sujeto á cargos, y en su favor se pueden alegar muy pocas excusas. Encaminado directamente detrás de Kleist, debiera estar de continuo sobre su huella, no perderle de vista un instante, y si llenara deber tan positivo, siguiendo al general Kleist la pista, á la hora en que éste cargara sobre Vandamme, viera caer á su turno un cuerpo francés sobre sus espaldas, y probablemente quedara

prisionero y destruido, en lugar de contribuir á aprisionar y á destruir á Vandamme. Por desgracia el mariscal Saint-Cir, espíritu discolo aunque eminente, no mostrando zelo mas que respecto de las operaciones de que se hallaba directamente encargado; no sabiendo fuera del fuego mas que criticar á sus vecinos y á su soberano; complaciéndose en todas ocasiones en rebuscar dificultades en vez de aspirar á vencerlas, invirtió en trasladarse á Maxen todo el dia 28, no avanzó el 29 mas que hasta Reinhardt-Grimme, no anduvo en jornada tan decisiva para la persecucion mas que legua y media, empleó este preciosísimo tiempo en consultar al estado mayor acerca de si debia ir detrás de Marmont por el camino de Altenberg, é ínterin le llegaba la orden terminante de perseguir de muerte al enemigo en todas direcciones, dejaba que desapareciera Kleist y se encaminara sobre las espaldas de Vandamme. Cuando al dia siguiente 30 recibia la orden de unirse por un camino lateral á este caudillo, orden tan indicada que á la simple vista del mapa se la enviaba Berthier desde Dresde, se movia al cabo, y por el camino que habia conducido á Kleist sobre las espaldas de Vandamme y que debiera llevarle sobre las espaldas de Kleist, asomaba para oír el cañon que anunciaba nuestro desastre. Asi perdió todo el dia 29 en murmurar y en lamentarse de no tener orden alguna, cuando existia la constante y muy suficiente de seguir al enemigo sin tregua (1).

(1) Aunque no soy dado á prestar asenso á los juicios malévolos, que emiten unos contemporáneos sobre otros, y aunque desconfío particularmente de los del duque de

Por su parte el mariscal Marmont empujó al enemigo tan vivamente como pudo, y aun sostuvo muchos combates venturosos, pero se hallaba bastante lejos de Vandamme para ir en su ayuda. Situado completamente á la derecha, no podia tener as-

Ragusa, ligeros por lo comun y rigurosos, despues de estudiar bien los hechos y de leer las órdenes y las correspondencias, no se puede menos de reconocer por casi justo el que pronunció sobre la conducta del mariscal Saint-Cir en esta coyuntura. Duele hallar en falta á un hombre tan distinguido, pero se debe la verdad á todo el mundo, y necesario es saberse resignar á decirla sobre este personaje, cuando no se calla sobre hombres de la altura de Moreau, de Masena y de Napoleon en la presente historia.

No es el mariscal Marmont el único en juzgar severamente la conducta del mariscal Saint-Cir en tal circunstancia. En una relacion aun manuscrita, y digna de la que hizo sobre el año de 1812, emitió el general Fezensac en términos muy templados, si bien muy positivos, igual juicio que el mariscal Marmont sobre el papel representado por los diversos actores del suceso de Kulma. Con efecto, son tan patentes los hechos, que no hay posibilidad de interpretarlos de dos modos. No pereció el general Vandamme de resultas de avanzar demasiado, pues tenia orden de ir á Toeplitz y se detuvo en Kulma. Allí, con cincuenta y dos batallones era invencible, y lo continuara siendo á no caer treinta mil prusianos sobre su espalda. ¿Quién se hallaba encargado de perseguir á estos prusianos? No Mortier, que estaba á la izquierda de Pirna y con orden de permanecer en este punto; no Marmont, que estaba á la derecha sobre el camino de Altenberg y con orden de perseverar allí fijo, sino al mariscal Saint-Cir, que se hallaba entre el uno y el otro, con orden de perseguir á los enemigos sin tregua y en todas direcciones, segun por las reiteradas instrucciones de Napoleon le estaba prescripto. Ahora bien, el 28 se detuvo en Maxen, lo cual en rigor podia concebirse. Pero el 29 lo empleó en andar legua y media, y envió á indagar si debería seguir á

piraciones de cruzar las montañas antes que Saint-Cir, sin exponerse á caer solo en medio de los contrarios como en el fondo de un abismo. De consiguiente no habia por que dirigirle ningun cargo. Murat se hallaba en la imposibilidad de ejercer el

Marmont, á quien acababa de encontrar sobre su derecha. Admitiendo que necesitara de este dato, mientras lo recibia, su principal deber era no perder la pista del enemigo, y no dejarle la libertad de que tan fatalmente hizo uso para abrumar á Vandamme. Cuando al dia siguiente le llegaba la órden, dictada per el mas simple buen sentido, de procurar unirse á Vandamme mas bien que seguir á Marmont, ya no era tiempo y Vandamme se hallaba derrotado. Sin la mala voluntad de que se ha acusado en otras épocas al mariscal Saint-Cir, y por el solo hecho de la suspension de su marcha el dia 29, fué autor sin duda involuntario, bien que visible del desastre de Vandamme. Aun creyendo indispensable pedir al estado mayor que le iluminara, no debió detenerse, y á su raro talento y á su consumada experiencia no se podia ocultar que, interin enviaba á buscar una órden, se salvaria el enemigo, y aun si el enemigo no hiciera mas que salvarse, débil fuera la trascendencia del perjuicio; pero, al ponerse en salvo, destruyó á Vandamme y el destino de la campaña. Con suma pena se halla en falta á un personaje histórico tan noble como el mariscal Saint-Cir; pero la historia no debe ser una lisonja para los vivos, ni para los muertos. Solo está obligada á ser verídica sin malevolencia y sin debilidad.

Aquí insertamos algunas cartas extractadas de la correspondencia de Napoleon y del mayor general Berthier:

El emperador al mayor general.

»Dresde 27 de agosto de 1815 á las siete y media de la tarde.

«...Enviad á reconocer positivamente la situacion del

mas leve influjo sobre el deplorable suceso consumado en Kulma, pues corria por el camino real de Freyberg con sus escuadrones.

Finalmente queda entre el número de los actores responsable de esta catástrofe el mismo Napo-

mariscal Saint-Cir. Manifestadle mi disgusto por no haber tenido noticias suyas en toda la mañana: debiera haberme enviado un oficial de hora en hora para enterarme de lo que pasaba.»

Al mayor general.

«Delante de Dresde, 28 de agosto.

«Dad órden al mariscal Saint-Cir para que marche sobre Dohna. Se situará sobre la altura, y seguirá la retirada por las cumbres entre Dohna y el llano. El duque de Treviso seguirá sobre el camino real. Inmediatamente que la incorporacion con el general Vandamme se efectue, continuará el mariscal Saint-Cir su camino para trasladarse con su cuerpo y el del general Vandamme hácia Gieshubel, y el duque de Treviso tomará posicion sobre Pirna. Por lo demás, yo iré allá tan luego como sepa que el movimiento se ha comenzado.»

Al mayor general.

»Dresde 29 de agosto de 1815 á las cinco y media de la mañana.

«Dad órden al rey de Nápoles para que se traslade á Frouenstein y caiga sobre los flancos y la espalda del enemigo, y junte á este fin su infantería, su caballería y su artillería.—Dad órden al duque de Ragusa para que siga al enemigo sobre Dippoldiswalde y en cuantas direcciones haya tomado.—Dad órden al mariscal Saint-Cir para que siga al enemigo sobre Maxen y en cuantas direcciones haya tomado.—Iustruid á estos tres generales de

leon, que, presente sobre el terreno y observando sin reposo á sus lugartenientes, pudo hacerles convergir sobre el punto comun, y con su presencia alcanzara de cierto lo que preveia y esperaba con fundamento. Mas fué apartado el dia 28 de este gran deber por las noticias que le llegaron de los

su posicion respectiva, para que sepan que se sostienen mutuamente.»

Al rey de Nápoles.

«Dresde 29 de agosto de 1815 á las cinco de la tarde.

«Hoy 29 á las seis de la mañana ha atacado el general Vandamme al príncipe de Wurtemberg cerca de Hollendorf; le ha cogido mil quinientos prisioneros, cuatro cañones y le ha batido y rechazado; todos eran rusos. El general Vandamme marcha sobre Toeplitz con todo su cuerpo. Ha sido muerto el general príncipe de Reuss, que mandaba una de nuestras brigadas.—Os escribo esto para vuestro gobierno. El general Vandamme me envia á decir que cunde el espanto entre el ejército ruso »

El mayor general al mariscal Gouvion Saint-Cir.

«Dresde 30 de agosto de 1815.

» SEÑOR MARISCAL.

«He recibido vuestra carta fechada en Reinhand-Grimme, por la cual me participais que estais detrás del 6.º cuerpo. En semejante estado de cosas la intencion de S. M. es que apoyeis al 6.º cuerpo, si bien seria preferible que pudierais hallar un camino sobre la izquierda, entre el duque de Ragusa y el cuerpo del general Vandamme, que ha alcanzado grandes triunfos sobre el enemigo, y le ha hecho dos mil prisioneros.»

alrededores de Lowenberg y de Berlin, y tambien, fuerza es decirlo, por la confianza de que, con las órdenes expedidas, se hallaban suficientemente preparados y asegurados los resultados apetecidos. Con efecto ochenta mil hombres á las órdenes de Saint-Cir, de Marmont y de Murat, empujando á los coaligados hacia las montañas, y cuarenta mil hombres á las órdenes del general Vandamme y destinados á recibirlos sobre el respaldo, formaban un conjunto de precauciones tan completas como las que siempre habia tomado para asegurar las consecuencias de sus victorias. Si los coaligados fueran tan fáciles de desconcertar cual nuestros enemigos en otros dias, si se mostrasen menos obstinados en la pelea, y menos prontos á recobrar la confianza, en vez de inspirarles Vandamme la idea de detenerse, los cogiera como á rebaños fugitivos delante de un animal ansioso de devorarlos. Remontándose Napoleon á lo pasado, creyó ó hubo de creer que ya habia hecho de sobra para proporcionarse los mas insignes triunfos. Por desgracia habian cambiado los tiempos, y para consumar la ruina del grande ejército de Bohemia, no sobrara con que Napoleon vigilara hasta el último instante el cumplimiento de sus designios. En cualquiera otra circunstancia no dejara de hallarse al lado de Vandamme con toda su Guardia, de llevar de la mano á Saint-Cir y á Marmont, y de proseguir la victoria hasta que diera de sí todo el fruto. Pero se hallaba distraido, trasladado mentalmente y con violencia á otra parte, no como tantos otros héroes por el deseo de la molicie y de los deleites, sino por la pasion habitual de su vida, por la pasion de alcanzar á un mismo tiempo todos los resultados, á

las veces los mas contradictorios y opuestos. Berlin y Danzick, como Moscou un año antes, eran los prismas engañosos que extraviaban á la sazón su genio. Por herir en Berlin á la Prusia y á la Alemania, por tener siempre fundamento para decir que su predominio se extendia desde el golfo de Tarento hasta el Vistula, abrigó desde los principios de esta campaña la idea de enviar á Berlin un cuerpo de sus tropas, de conservar una guarnicion en Danzick, y en obsequio de esta idea dejó, segun se ha visto, que se introdujera en la profunda combinacion de su plan de campaña un vicio oculto, el de ensanchar singularmente el círculo de sus operaciones, cuyo centro se hallaba en Dresde, de situar á Macdonald en Lowenberg en vez de situarle en Bautzen, de dirigir á Oudinot á Berlin en vez de establecerle en Wittenberg, gran falta que le impedia acudir á tiempo adonde quiera que se necesitara de su persona, para dar cima á sus propios triunfos y reparar los desastres de sus lugartenientes. Produciendo de continuo la misma causa iguales efectos, al saber una desgracia sufrida por Macdonald, quiso auxiarle lo mas pronto posible; tambien quiso guiar personalmente el ejército de Oudinot á Berlin, y alejándose por este doble motivo de Pirna y de Kulma, donde debiera estar en persona con su Guardia, dejó por rematar sus mas importantes victorias, para ir en pos de otras nuevas, y de esta suerte se expuso á malograr todos los objetos por quererlos abarcar á una misma hora. ¡Siempre se vé en los infortunios de Napoleon una misma causa, y siempre es uno el origen de sus errores!

Y esta es la única parte de cargos que se le

pueden hacer en punto al desastre de Kulma, pues en los pormenores no cometió ninguna falta. Por lo que hace á sus enemigos, su mérito contribuyó poco al resultado; se retiraron de prisa con la idea de ir mas allá del Eger, y si hicieron alto delante de Kulma, fué improvisamente, y á la vista de un cuerpo de tropas, cuya posicion aventurada al par que alarmante para ellos, les inspiró la idea de no pasar adelante sin contenerle. Y á pesar de todo, no salieran airosos, si la casualidad mas grande, la de un cuerpo prusiano comprometido y lanzado á un acto de desesperacion para salvarse, no les proporcionara una combinacion involuntaria, imprevista y de consecuencias inmensas, combinacion cuyo mérito se ha querido atribuir al emperador Alejandro, por mas que solo se debiera al sentimiento enérgico de los prusianos, resueltos á morir ó á abrirse calle. Asi, no al genio de los coaligados, que distaban mucho de carecer de habilidad militar por otra parte, sino á la pasión patriótica que les animaba é impulsaba á airarse contra la derrota, hay que atribuir su rapidez en aprovechar la ocasion de Kulma. Otra leccion profundamente moral cabe deducir de estos prodigiosos sucesos, y es que conviene guardarse de empujar á la desesperacion á los hombres, porque, provocando tal sentimiento, se les comunican fuerzas sobrenaturales, que dan por tierra con todos los cálculos, y sobrepujan á veces al mismo poder del arte mas consumado.

Aquellos coaligados, que al abandonar el campo de batalla de Dresde, se consideraban como batidos por completo, y se preguntaban tristemente si al aspirar á vencer á Napoleon habian aco-

metido la empresa de luchar contra el destino, de pronto al aspecto de Vandamme vencido y prisionero, se juzgaron restituidos á una situacion excelente, y creyeron ver á lo menos equilibrada la balanza de la fortuna. No obstante, contando lo que les costaron las dos jornadas de Dresde, la persecucion del 28 y del 29, y la misma jornada del 30, entre muertos, heridos y prisioneros perdieron mas de cuarenta mil hombres, y despues de todo la derrota de Vandamme solo nos hacia perder entre prisioneros, heridos y muertos de doce á trece mil hombres. Pero la confianza volvió á tener cabida en su alma, se entregaron al gozo, y lejos de querer abandonar la partida y de dejar espacio á Napoleon para que fuera á herir á los ejércitos de Silesia y del Norte, se hallaban resueltos á no concederle ningun respiro y á combatirle sin tregua. Cuarenta mil hombres no se contaban por nada en aquellas inmensas hecatombes; lo era todo el sentimiento de venir á las manos con los enemigos, y lejos de ser ya el sentimiento de la derrota el de los coaligados, casi era el del triunfo. Para ellos equivalia casi á vencer el no ser vencidos, y al revés para Napoleon equivalia á no haber hecho cosa alguna el no aniquilar á sus adversarios. ¡Su salvacion habia enlazado á estas condiciones extremas y punto menos que imposibles!

Añadamos al concluir esta relacion dolorosa que el único hombre que se habia opuesto á Napoleon algun dia, Moreau, espiraba en Tann, muy cerca de su residencia. Se le cortaron las dos piernas, y sufrió esta operacion con un valor sosegado, que era su cualidad distintiva. No obstante, habia padecido horriblemente. Trasladado en hombros de

soldados enemigos de su patria, hizo una travesia de veinte leguas, aquejándole crueles dolores. Del otro lado de las montañas acudieron todos los soberanos, el rey de Prusia, el emperador de Austria, el emperador Alejandro, en torno de su lecho de muerte, y le prodigaron muestras de estimacion y de sentimiento. Los personajes mas ilustres, monsieur de Metternich, el principe de Schwarzenberg, los generales de la coalicion, le visitaron á su turno. Alejandro le tuvo largo tiempo estrechado en sus brazos, á causa de haber concebido una verdadera amistad hácia su persona. Embarazado mas bien que en vanecido por tales demostraciones, Moreau, cuya alma extraviada un instante fué siempre honrada, preguntándose á sí propio sobre el mérito de su conducta, decia de continuo.—¡A pesar de todo no soy delincuente! ¡Yo no queria mas que el bien de mi patria!... ¡Yo queria arrancarla de un yugo humillante!—Asi mientras se rodeaba su agonía de respetos, ocupado en otra cosa, se examinaba, se juzgaba ante el tribunal de su propia conciencia, y no tenia descanso sino cuando lograba hallar excusas para una conducta que le valia tan señaladas distinciones. Otro grito se le escapó á menudo, y fué el siguiente.—¡Ese Bonaparte es siempre afortunado!—Pronunció esta frase en el momento de darle la bala, y repitióla frecuentemente antes de exhalar el postrer suspiro... ¡Bonaparte afortunado!... Lo habia sido y podia parecerlo á los ojos de un rival meribundo, pero muy pronto iba á fallar la Providencia sobre su propia suerte, y á condenarle á un fin mas triste quizá que el de Moreau, si hay fin mas triste que el de expirar en las filas de los enemigos de su pa-

ria. ¡Funestas ilusiones del odio! Se envidia, se aborrece, se persigue, creyendo feliz al enemigo á quien se detesta, al par que, doblada la cabeza bajo el peso de la vida, todos caminan por entre los mismos dolores ó desventuras casi iguales. ¡Se envidiarían menos los hombres si supieran cuán análoga es á menudo su fortuna bajo apariencias diferentes, y en vez de dividirse bajo la mano del destino, se unirían en comun para sostener su peso agoviante!

LIBRO CINCUENTA.

Leipsick y Hanau.

Sucesos ocurridos en Silesia y en los alrededores de Berlin durante las operaciones de los ejércitos beligerantes en torno de Dresde.—Fuerzas é instrucciones dejadas al mariscal Macdonald á la vuelta de Napoleon del Bober sobre el Elba.—Estrechado á poner por obra sus instrucciones, y temeroso de perder las ventajas de la ofensiva, habia movido este mariscal sus tres cuerpos el 26 de agosto.—Lanzándose el general Blucher sobre la division de Charpentier y la caballería de Sebastiani, destrozólas sobre la meseta de Janowitz.—Este accidente trajo consigo la retirada de todo el ejército, y una lluvia torrencial de muchos dias lo hizo casi desastroso.—Captura y destruccion de la division de Puthod.—El mariscal Macdonald reducido de setenta á cincuenta mil hombres.—Su movimiento retrógrado sobre el Bober.—Sucesos hacia la parte de Berlin.—Marcha del mariscal Oudinot á la cabeza de los cuerpos 4.º 7.º y 12.º.—Composicion y fuerza de estos cuerpos.—Ejército del príncipe real de Suecia.—Llegada delante de Trebbin.—Primeras posiciones del enemigo tomadas en los dias 21 y 22 de agosto.—Aislamiento en el dia 23 de los tres cuerpos franceses, y combate desgraciado del 7.º cuerpo en Gross-Beeren.—Retirada del mariscal Oudinot sobre Wittenberg.—Muchos soldados se desbandan y especialmente de los aliados.—La noticia de estos graves descalabros hizo que Napoleon se volviera de Pirna á Dresde el 23 de agosto y apartara su atencion de Kulma.—No sabiendo aun lo acontecido á Vandamme, habia formado el proyecto de mudar el teatro de la guerra, trasladándolo al Norte de Alemania.—Vastas consecuencias que pudiera tener este proyecto.—Obligado Napoleon á restringir sus miras al